

Kurt Lenk. "El concepto de ideología. Comentario crítico y selección sistemática de textos". Buenos Aires. Amorrortu. 2002

Autor Reseña: Paulo Beloso

Nicolás Torre Jiménez

Proyecto de investigación: Conflictividad – participación – diversidad – integración.

En el pensamiento latinoamericano, argentino y mendocino contemporáneo.

Unidad Académica: U.N.Cu. – Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Kurt Lenk, politólogo alemán, nació en 1929 en la antigua Checoslovaquia. Estudió en Frankfurt junto a Adorno, Horkheimer y Carlo Schmid, entre otros. Obtuvo su doctorado en 1956. Luego de su habilitación en la Universidad de Marburgo, se desempeñó como docente privado y consejero científico. En 1966 se trasladó a la Universidad Erlangen donde enseñó hasta 1972. Luego fue director del Instituto de Ciencias Políticas en Aquisgrán hasta su nombramiento como profesor emérito en 1994. Sus estudios principales versaron sobre conservadurismo y extremismo de derecha en Alemania. Publicó varios libros sobre ideología y conservadurismo.

La presente obra de Kurt Lenk fue reeditada en el año 2002 a consecuencia de la vigencia de sus estudios sobre la concepción de ideología presente en distintas corrientes del pensamiento filosófico. El autor hace una compilación sistemática de textos de diversas escuelas y pensadores que analizaron directa o indirectamente el concepto de ideología, la que completa con una introducción a la "historia del problema" y comentarios críticos a los textos seleccionados.

El problema de la ideología, señala Kurt Lenk, surge en la Modernidad y en relación con los intentos de emancipación de la burguesía europea. El derrumbamiento de las sociedades estamentales de la Edad Media, las nuevas relaciones sociales de producción e intercambio y el abandono del pensar especulativo, trajeron consigo el interés por la función social de ciertas opiniones e ideas. Si bien el término "ideología" fue acuñado por Destutt de Tracy (o por lo menos usado por primera vez) para designar la nueva ciencia de las ideas, y adquirió un giro de significado en el pensamiento de Marx (relacionado con el término peyorativo "ideólogo" usado por Napoleón para descalificar al grupo que practicaba aquella ciencia), Lenk rastrea los orígenes de aquello que mienta el término, en su acepción crítica, en autores del siglo XVII: Francis Bacon; siglo XVIII: Caballero de Jaucourt (ayudante de Diderot en la redacción de la Enciclopedia) y Paul Henri d'Holbach; siglo XIX: Ludwig Feurbach y Sigmund Freud; e inclusive del siglo XX, como en el caso del neopositivista Ernst Topitsch.

Francis Bacon y el Caballero de Jaucourt centran sus análisis en el conocimiento de la naturaleza. El problema estriba en que los hombres no acuden a la naturaleza con una total asepsia, en sus conocimientos arrastran prejuicios y experimentan una tendencia a mantenerlos. Entonces, es preciso desarrollar nuevos métodos e instrumentos para lograr un conocimiento objetivo de la realidad. Esta exigencia moderna se satisface con el surgimiento del método inductivo, la observación y experimentación científica. Francis Bacon formula la teoría de los ídolos, postulando una limpieza general del conocimiento del bagaje de ideas

preconcebidas, opiniones arraigadas y paralogismos. Estos obstáculos los presenta en la figura de cuatro ídolos que mantienen subyugado al entendimiento: los ídolos de la tribu (*idola tribu*), que tienen su fundamento en la misma naturaleza humana; los ídolos de la caverna (*idola specu*), engendrados por el hombre individual; los ídolos del foro, del ágora o del mercado (*idola fori*), resultado de las relaciones entre los hombres y principalmente del lenguaje que surge de ellas; y por último, los ídolos del teatro (*idola theatri*), producto de las teorías y dogmas filosóficos. El Caballero de Jaucourt define el prejuicio como el “juicio erróneo que la mente forja acerca de la naturaleza de las cosas por pereza en la aplicación de las facultades del entendimiento” y busca las raíces del mismo en los cuatro grupos de causas analizados por Bacon.

Paul Henri d’Holbach denuncia a la religión como instrumento de poder y dominación. Ésta no constituye un poder espiritual integrador de la sociedad, sino que atenta contra la felicidad de los hombres en beneficio de quienes detentan el poder. Como consecuencia de la religión, la política degenera “en el arte funesto de sacrificar la felicidad de todos a las locuras de un individuo o de un puñado de rufianes privilegiados”. Feuerbach, por su parte, critica a la religión como forma de autoalienación, porque en ella, el hombre desplaza su propio ser fuera de sí y lo objetiva; y revela el carácter antropomórfico de la creación de Dios; Freud define la religión como una actitud precientífica y patológica, comparándola con la paranoia, y fruto de la proyección y el cumplimiento del deseo. Ernst Topitsch denuncia el mecanismo por el cual el hombre interpreta la naturaleza desde una realidad histórico-social particular y, según estas concepciones, elabora leyes (arrastrando sedimentos antropomórficos) que luego toma para interpretarse a sí mismo y fundar por ejemplo una metafísica, una ética y un derecho “natural” (como un mecanismo muy útil en la conservación del orden dado). De esta manera, el hombre lee en la naturaleza lo que antes puso en ella (falacia naturalista).

Con la concepción marxista de ideología, el término adquiere un matiz particular y en principio bien definido, que luego da lugar a una multivocidad de sentidos que se acrecientan con la doctrina positivista de las ideologías y la sociología del conocimiento.

En Marx, la ideología es un mecanismo por medio del cual se asegura la reproducción de las relaciones sociales de producción y consiste en la naturalización de lo que no es más que histórico. De esta manera, el régimen capitalista de producción aparece como “natural” a los ojos de una conciencia determinada por dicho régimen. La superestructura (estado, religión) se revela ideológica pues encubre, es reflejo y naturaliza la infraestructura económica (relaciones de producción) que está a la base de ella. Sólo la praxis elimina las ilusorias contradicciones de la teoría. Lukács sostiene, siguiendo a Marx, que las ideas de los individuos no son más que la manifestación de la conciencia de clase, dada por el lugar que ocupan dentro del proceso de producción social. La conciencia de clase es la que verdaderamente determina las acciones históricas de los individuos y no sus ideas. Se habla de conciencia falsa cuando no se advierte su carácter de clase (posición relativa frente al cuerpo social) y por lo tanto no se actúa de acuerdo a los propios intereses de clases. La ideología es crucial pues la vida de una determinada clase social está dada por su grado de conciencia verdadera. Bloch, por su parte, denuncia que el capital utiliza las contradicciones diacrónicas (restos de otras épocas) para distraer de las contradicciones sincrónicas (propias del capital). Esta actitud reaccionaria se revela como un nuevo carácter ideológico del capital. Por otro lado, Goldmann trata sobre la teoría marxista del conocimiento, anunciando la necesidad de hacer un análisis marxista del pensamiento marxista. Hahn aclara que ideología en sentido marxista es sólo la conciencia falsa que la clase burguesa tiene acerca de su situación social, de su papel histórico y de sus perspectivas. La burguesía falsea su condición transitoria disfrazándola de eternidad para poder existir; posee necesariamente una conciencia falsa, pues

es la condición de su existencia. El proletariado, por el contrario puede elaborar una conciencia correcta y es la condición de la supresión de clases, y como tal, no es ideológico. Vojin Milic, por último, analiza el concepto marxista de falsa conciencia enunciando los siguientes rasgos: fetichismo (separación de la conciencia de sus condiciones histórico-sociales), fenomenismo (mistificación o esencialización de los fenómenos), parcialidad (un aspecto aislado de la realidad es separado de la totalidad y se lo investiga por sí solo, olvidando luego esta abstracción), carácter ahistórico (absolutización del conocimiento de un período histórico) y falsedad epistemológica (independientemente de su verdad psicológica). En Milic, la ideología es más bien una ignorancia que un engaño o autoengaño conciente.

En lo que respecta a la doctrina positivista de las ideologías, encontramos en Comte la idea de que el espíritu científico disipa las fantasías teológicas y metafísicas. Durkheim, siguiendo a Comte, separa el valor de las cosas de su naturaleza propia. El juicio de valor expresa una relación de una cosa con un ideal, lo mismo que el juicio de realidad, con la diferencia de que éste expresa las realidades a que se refiere tal cual son, mientras que aquél las transfigura. Las ideas están determinadas por la conciencia colectiva dominante. Halbwachs sustenta las sociedades sobre el fundamento de creencias colectivas, las cuales presentan un doble carácter: por un lado, son tradiciones o recuerdos colectivos, y por otro, son convenciones que resultan del conocimiento del presente. En Pareto las derivaciones ocultan a los hombres el origen irracional (pulsional) de su obrar, y todo lo mental se muestra como ideológico. Gaetano Mosca sostiene que el poder político siempre se ha mantenido mediante doctrinas de fe propias de cada sociedad. Theodor Geiger denuncia factores extrateóricos, como los sentimientos, que influyen en la valoración del individuo.

La sociología del conocimiento de Scheler y Mannheim abandona tanto la línea marxista como positivista en el análisis de la ideología, recurriendo a la metafísica. Scheler postula la existencia de una esfera de los valores independiente de factores histórico-sociológicos. Su postura esencialista tendía a rebatir el historicismo, negando la existencia de una historia en sí, más allá del conocimiento. El conocimiento, para Scheler, es independiente del proceso histórico-social, por lo que la ideología desaparece del ámbito epistemológico: el científico debe “superar su situación de clase”. En Mannheim, la ideología es estructural del pensamiento humano, se vuelve “total”. El concepto marxista de “falsa conciencia” pierde sentido en la sociología del conocimiento. Cualquier intento de dilucidar la formación de ideologías cae fuera del ámbito científico porque “para desenmascarar la posición ajena es preciso absolutizar la propia”. Con la noción de una “ideología total”, el concepto de ideología, al generalizarse, se diluye.

El texto termina con las críticas a la noción de ideología de la sociología del conocimiento, por parte de Plessner, Horkheimer y Adorno, y las críticas emprendidas fuera de Alemania: C. Wright Mills, Fred H. Blum, Claude Lefort, Kolakowski y Marcuse. Plessner ataca a la sociología del conocimiento en tanto que constituye un “enfoque semi-marxista dentro de las ciencias sociales y, precisamente a través de él, una ceguera cada vez mayor para las realidades sociales a las cuales responden de hecho las ideas marxistas”. En definitiva, utiliza las herramientas conceptuales del marxismo, sin cargar con la base social que las sustenta. La crítica de Horkheimer es similar: “el concepto moderno de ideología pasa a desempeñar una misión contraria a la teoría de la cual surgió”. Denuncia, además, el carácter filosóficamente idealista de la concepción mannheimiana, con un “trasfondo metafísico”. Es idealista “la creencia de que se pueda, sin referirse a las condiciones materiales de origen y de existencia, (...) llegar a comprender una cosmovisión”. Finalmente, Horkheimer reserva el nombre de ideología a lo “antitético respecto de la verdad: al saber que es inconsciente de su dependencia (...)”. Theodor Adorno, en la misma línea de crítica, imputa a la sociología del conocimiento su rechazo a la auténtica teoría de las ideologías y su

tendencia positivista a aceptar los fenómenos sociales “como tales” y clasificarlos según conceptos universales hipostasiados.

Nombraremos, para finalizar, los estudios realizados por Marcuse en los Estados Unidos. La ideología, como la analiza Marx, consiste en una “conciencia que se adelanta a la realidad presente en cuanto proyecta ideas (p. ej., libertad, igualdad, felicidad) que fueron posibilitadas, pero al mismo tiempo estorbadas, por el desarrollo social” pero “incapaz de modificar por sí misma esa situación”. En la sociedad industrial altamente desarrollada la ideología adquiere un nuevo matiz: “induce a la búsqueda de lucro como pasión dominante”, defiende la vida como medio, y no como fin en sí, y ofrece una “esclavitud cómoda” dentro del sistema.

El libro termina con un epílogo, en el que Kurt Lenk continúa la crítica de la sociología del conocimiento en términos similares a la crítica de Plessner, Horkheimer y Adorno. Agrega el descubrimiento de una premisa tácita en esa doctrina: “la suposición de que existen factores extrateóricos no mediados por la realidad”, es decir, de existencia metafísica. Esto queda evidenciado en dos principios de la doctrina: mientras que, por un lado se suprime la pregunta por las condiciones sociales de la ideología, por otro “los *supuestos* y *principios extrateóricos* constituyen el objeto de la autocomprensión crítica” dentro de la sociología del conocimiento.

Para concluir, podemos señalar la pertinencia de la selección de textos y el análisis crítico que nos ofrece el autor para estudiar el problema de la ideología acudiendo a las mismas fuentes. Podemos observar que la teoría central a la que confluyen los primeros planteos sobre la ideología, en su mayoría, y de la que parten las doctrinas posteriores, es la crítica marxista de la ideología. Esto es así, porque el instrumental conceptual marxista constituye una herramienta eficaz para explicar, desde las relaciones sociales de producción, el mecanismo por el cual la conciencia deviene falsa, esto es, se torna ideológica. Tanto es así, que el mismo término adquiere su significación peyorativa generalizada en el planteo marxista. La ideología, además, se vuelve particular de una clase social, y esto no es un capricho de Marx, sino que se desprende de la necesidad misma de falsificación del orden dado por parte de quienes detentan el poder y por el mismo sistema capitalista, que precisa de ella para eternizarse. De esto no debe concluirse que el recorrido cronológico de la misma compilación suponga una superación de las doctrinas anteriores por las nuevas formas de plantear el problema. Podríamos sostener que las críticas de las ideologías son más bien complementarias, en tanto atacan el problema desde diferentes flancos. La crítica freudiana de la religión, por ejemplo, no supera el planteo marxista, ni viceversa; en ambas teorías el mismo problema se explica desde ámbitos diferentes. El caso de la relación entre Feuerbach y Marx es distinto. Marx no agota el planteo de Feuerbach, sino que toma algunos aspectos del mismo y los reelabora en el suyo propio. Los marxistas, por su parte, profundizan el análisis del mismo Marx, sacando las conclusiones que se desprenden de su teoría o, como es el caso de la Escuela de Frankfurt y principalmente de Marcuse, reencauzando la investigación sobre las ideologías. La sociología del conocimiento toma el instrumental marxista vaciándolo de contenido, resultado de su incomprensión de la necesidad de la ideología como falsa conciencia de una clase social, derivando en un vago y relativo concepto de “ideología total”. Finalizamos la reseña señalando la pertinencia de la crítica marxista de la ideología y de la discusión del problema, a partir de la confrontación de distintos autores que nos plantea Kurt Lenk, para analizar la realidad que nos toca vivir.

Paulo Belloso
Nicolás Torre Giménez